

y creado. Todo aquel conjunto, sin suficiente cohesión todavía, pero notoriamente en vías de obtenerla, se dividía oficialmente así: un virreinato; las dos Audiencias de México y Nueva Galicia. Todo el territorio del virreinato, en las orillas del Golfo y del Pacífico, y los Estados comprendidos entre estos litorales, dentro de la Mesa central, dependían de la primera Audiencia; una gran parte de Jalisco, Zacatecas, Aguascalientes y Durango actuales formaban el territorio jurisdiccional de la Audiencia de la Nueva Galicia; la Nueva Vizcaya dependía directamente del virrey. En realidad, nada estaba definido: era un cuadro oficial aquél, incierto y movable, dentro de cuyo marco grandioso iba á crecer y moverse la nacionalidad nueva.



MÉXICO
PATIO DE LA INQUISICIÓN
(Actual Escuela de Medicina)

CAPÍTULO II LOS PACIFICADORES

LOS APÓSTOLES: LOS PRIMEROS FRANCISCANOS; LA PROPAGACIÓN DEL CRISTIANISMO.
LA DEFENSA DE LOS INDIOS: LAS CASAS; ZUMÁRRAGA; FUENLEAL; QUIROGA. LOS FRAILES: TEMPLOS
Y CONVENTOS. INQUISICIÓN; LA COMPAÑÍA DE JESÚS

EN pos de los dos sacerdotes que vinieron con los conquistadores á México y que, si alguna vez se pusieron de parte de los indios ó lograron ó quisieron poco, vino, formando un simple grupo apostólico, la primera misión franciscana, dos frailes y un lego; era éste Pedro de Gante. Esta vanguardia de la evangelización de la Nueva España, mostró el sendero: la espantosa doctrina, secreta ú ostensiblemente profesada en las Islas, de que los indígenas apenas eran ó no eran propiamente racionales, invención diabólica, como decían algunos frailes, para paliar la rapacidad insaciable de los mercaderes de esclavos, que fué causa de la despoblación insular, ni siquiera como un mal pensamiento cruzó por la mente de los frailes y, en honor de la verdad, tampoco la profesó nunca Cortés: el indio era un ser racional, era un hermano menor que esperaba la redención y que era digno de ella. Con esta máxima en su bandera, Gante se dedicó á enseñar en Tlaxcala, en México, y sus

compañeros á predicar como podían, con gesticulaciones patéticas, con pinturas infantiles, pero expresivas, y con intérpretes. Luego llegaron los doce frailes franciscos, *la Custodia*, como fué llamada, dirigidos por Martín de Valencia, *el custodio*: trece frailes, un verdadero apostolado de fe, de humildad, de pobreza, de fervor, hombres en quienes había tornado al mundo el espíritu angélico del fundador; toda la ternura, toda la dulzura de la religión de Francisco de Asís era necesaria para mostrar al mundo, en aquella época, españoles que no fueran duros, que no fueran crueles: los frailes de la custodia sólo lo fueron con ellos mismos.

El indio fué hijo suyo desde aquel instante; la consagración al estudio de las lenguas indígenas fué la ocupación principal de los frailes, junto con la conversión; pronto dominaron la mayor parte de esas lenguas, y mal que bien, ayudados por los cuadros que representaban los pasos supremos de la vida de Cristo, empezaron á recorrer la Nueva España y toda la tierra americana; no había llegado á su fin el siglo XVI y el mundo precolombiano, con excepción de las tribus nómades que fué imposible reducir á congregaciones, estaba bautizado; ¿era cristiano?

Los apóstoles destruyeron los templos por centenares, calcinaron ó rompieron los ídolos por millares, y cuanto en pinturas ó escrituras pictóricas pudo presentárseles que significase idolatría ó que ellos creyesen tal, fué destruido; imposible que hubiesen hecho otra cosa hombres de ese ardor y en aquellas circunstancias. Allí se consumieron datos preciosos para la historia de la vida y del pensamiento de las familias aborígenes; y esto no está compensado con lo que los frailes guardaron, al cabo, de esos inestimables documentos, con lo que averiguaron, con lo que hicieron escribir y con lo que escribieron. Está compensado con la plena iniciación de la familia indígena en el cristianismo, con la abolición de las supersticiones de sangre, con haberlos puesto en la ruta que debía conducirlos á la solidaridad con el mundo de la civilización; lo mismo que absuelve la Historia la crueldad de la conquista de los mesquitas, absuelve la destrucción de los documentos indígenas: no eran arqueólogos, eran apóstoles aquellos hombres; juzgaron necesario lo que hicieron; el objetivo era superior al valor de los monumentos, por valiosos que se les suponga; la pérdida fué irreparable, la ganancia fué inmensurable.

Para salvar á los indios era preciso mostrar que podían ser cristianos, era preciso que lo fueran; ¿lo fueron? Lo fueron para los conquistadores, y esto hizo temblar la mano de fierro, siempre pronta al castigo, y la debilitó. Lo fueron para los conquistadores; éstos, en su mayor parte, confundían casi la religión con el culto, con los ritos, con el amparo y la veneración de los santos, casi fetichista, casi basada en las imágenes materiales; era una semi-idolatría la suya. Los indios nunca fueron cristianos como lo fué Francisco de Asís, ni podían serlo intelectualmente, porque su conformación psicológica no les permitía dominar las regiones de la metafísica pura, y esto, ni antes ni después de ser educados, ni antes ni después de los colegios y las universidades, ni antes ni después de la mezcla con la raza española, que era igualmente inhábil para la creación filosófica trascendente; de las universidades españolas salieron maravillosos dialectistas: ¿salió un solo filósofo, un hombre capaz de encerrar en un solo pensamiento lo existente, de explicarlo por otro pensamiento y de mostrar entre ambos inflexible lazo dialéctico de unión? Dos ó tres individualidades pueden mencionarse, y su importancia como filósofos será siempre discutida.

No, el cristianismo predicado á los indios fué de bulto, como debía ser: una dependencia de un juez y rey supremo, un alma que sobrevive al cuerpo y responderá de sus actos ante ese juez; los premios y los castigos, éstos sobre todo, terribles, como conviene á razas recién salidas de la matriz étnica, á razas niñas; su igualdad absoluta ante ese juez con sus conquistadores, con sus amos; una reforma en las costumbres encaminada, sobre todo, á la destrucción de la poligamia y á la emancipación moral de la mujer y al odio á los ídolos y á los ritos sanguinarios. Y como el juez supremo estaba muy alto y era muy severo, la necesidad consoladora de recogerse y refugiarse en los medianeros, en los abogados, en la Virgen María y en los santos; á éstos era preciso recurrir siempre, á ellos encargar la defensa del pecador ante Dios, para ellos todos los regalos, todas las ofrendas, todas las súplicas, todo el cariño: á Dios miedo tremendo, á María todo el amor. La mujer indígena que se arrodilla ante el altar de María de Guadalupe, su Madre, india como ella, y le cuenta sus penas y sus esperanzas en un diálogo, en mexicano ú otomite, que tiene por respuesta perenne la dulce mirada de la imagen, resume toda la teología de la raza indígena. Y como los frailes eran los que llevaban aquí el poder de los abogados y de los santos, á ellos les entregaban las ofrendas y las almas. Así llegaron las órdenes religiosas á ejercer la paternidad de toda la familia conquistada. La raza aborígena pagó á la Iglesia el



México.—Convento de San Francisco

inmenso favor que recibió de ella, porque ella le salvó la vida: así lo sabían y lo creían, abdicando entre sus manos toda su personalidad. Y como el culto de los santos podía adecuarse tanto á los ritos de su idolatría, los transportaron de éstos á aquél, no todos, pero sí muchos, bajo el ojo paterno de los frailes, que, sin poderles cambiar ni la tradición ni el espíritu, reemplazaron los ídolos por las imágenes (son homónimos) y levantaron santuarios allí donde recibían adoración sus dioses sanguinarios, y poco á poco los indios hicieron entrar dentro de la urna santa del cristianismo todas las supersticiones que ya tenían y que recibieron en este injerto, sacrilego ó inevitable. Por eso los indios, á pesar de ser cristianos, no han dejado de ser idólatras; y su idolatría tiñó de negro la religión de los criollos y la de los mestizos. Salvar la familia vencida, amenazada de exterminación, suprimir los ritos sanguinarios, encender en las almas de los siervos la esperanza, es la obra de los grandes misioneros cristianos en la Nueva España; esa obra no es la única, pero habría bastado para la vida de tres siglos. La obra nueva, toda de emancipación, es la de la supresión de las supersticiones; esta obra, divina también, está encargada á la ciencia,